

Otra vez se entrecortaba su voz y sus ojos se perdían en el vacío.

—Me acuerdo..... Cuando era chica y estaba jugando con algunas amigas en los paseos, si él aparecía, todas se ocultaban, hasta su hija Berta, que siempre temía caer en falta. Yo le esperaba tranquila. Pasaba, y al verme allí, sonriente, con el hocico levantado, me daba una palmadita en la mejilla..... Más tarde, á los diez y seis años, cuando Berta tenía que pedirle algo, me daba el encargo de hacerlo. Yo hablaba, sin bajar los ojos, y sentía como que los suyos me traspasaban la piel. Pero me burlaba de eso, porque estaba bien segura de conseguir lo que quería..... ¡Ah! ¡sí! ¡me acuerdo! ¡me acuerdo! Allí abajo no hay rincón del parque, ni corredor, ni habitación del castillo, que yo no vea cerrando los ojos.

—Callóse Severina. Tenía los párpados cerrados y por su arrebatado semblante parecía correr la impresión de estas cosas pasadas, las cosas que no decía. Un instante permaneció así, con los labios ligeramente temblorosos por involuntario titileo que la estiraba dolorosamente un extremo de la boca.

—La verdad es que ha sido muy bueno para ti—repuso Roubaud, que acababa de encender su pipa.—No solamente te ha hecho educar como á una señorita, sino que ha administrado muy bien los cuatro cuartos que tenías ahorrados, y ha redondeado la suma, cuando nuestro casamiento..... Sin contar con que algo te dejará, lo ha dicho delante de mí.

—Sí—murmuró Severina—esa casa de la Croix-de-Maufras, esa propiedad, cortada por el camino de hierro. Allí se iban algunas veces á pasar ocho días..... ¡Oh! no cuento con nada, los Lachesnaye trabajarán para que no me deje una hilacha. Además, mejor es así; ¡nada, nada!

Había pronunciado estas últimas palabras con voz tan viva, que su marido no pudo menos de extrañarse retirando la pipa de la boca y mirando á Severina con sus redondeados ojos.

—¡Estás graciosa! Asegúrase que el presidente tiene millones, ¿y qué mal habría en que se acordase de su ahijada en el testamento? Nadie se sorprendería de ello y nuestros negocios quedarían lindamente arreglados.

Después, una idea que cruzó por su mente le hizo reír.

—¿Temes acaso pasar por hija suya?..... Porque ya sabes, el presidente, á pesar de su aspecto frío..... vamos, que se cuchichean ciertas cosas. Parece ser que aun en vida de su esposa todas las buenas mujeres pasaban por él. En fin, un mozo que hoy todavía remanga las faldas á una mujer..... ¡Y aunque fueses hija suya!

Severina se había levantado violentamente, con el rostro inflamado y vacilante su azul mirada, bajo la pesada maza de sus cabellos negros.

—¡Su hija, su hija!..... No quiero que gastes esas bromas, ¿lo entiendes? ¿Puedo yo ser hija suya? ¿Me parezco á él?..... Basta ya, hablemos de otra cosa. No quiero ir á Doinville, porque no



quiero, porque prefiero volverme contigo al Havre.

Roubaud movió la cabeza, calmando á su mujer con un gesto. Bien estaba, puesto que eso le atacaba los nervios á ella. Jamás la había visto tan nerviosa. Efectos del vino blanco, sin duda. Deseoso de alcanzar el perdón, cogió la navaja, complaciéndose en limpiarla cuidadosamente, y para probar que cortaba como las que sirven para afeitar, comenzó á igualarse con ella las uñas.

—Ya son las cuatro y cuarto—murmuró Severina, en pie delante del *cuco*.—Tengo que hacer aún varios recados..... Hay que pensar en nuestro tren.

Y, como para acabar de calmarse, antes de ordenar un poco el cuarto, volvió á ponerse de codos en la ventana. El, entonces, soltando la navaja y la pipa, se quitó también de la mesa, y se acercó á su mujer, estrechándola por detrás dulcemente entre sus brazos. Mantúvose así, abrazado á ella, apoyando la barba en el hombro de Severina, y unidas las cabezas. Ni uno ni otro se movían, mirándose fijamente.

Debajo de ellos, las máquinas de maniobras iban y venían sin cesar: y oíaseles apenas moverse, con sus ruedas ensordecidas y su discreto silbido, cual mujeres hacendosas, avisadas y prudentes. Una de ellas pasó y desapareció por debajo del puente de Europa, llevando á la cochera los vagones del tren de Trouville, que acababan de ser desenganchados. Y allá, al otro lado del puente, cruzóse con otra máquina que venía

del depósito, cual solitaria viajera con sus coches y sus aceros relucientes, fresca y gallarda, para emprender el viaje. Detúvose ésta, y pidió vía con dos breves silbidos. El guarda aguja la envió inmediatamente á su tren, formado ya, bajo la marquesina del muelle de las grandes líneas. Era el tren de las cuatro y veinticinco, para Dieppe. Una oleada de viajeros se precipitaba y oíase el rodar de las carretillas cargadas de equipajes, en tanto que algunos empleados empujaban uno á uno los caloríferos de los coches. La máquina y su *ténder* se habían aproximado al furgón de cabecera, produciendo un sordo choque, y se vió á un mozo apretar el tornillo de la barra de tiro. El cielo se había nublado por la parte de Batignolles; una bruma crepuscular envolvía las fachadas lejanas, pareciendo caer ya sobre el amplio abanico formado por las vías; mientras que, en medio de esta confusión, en lontananza, se cruzaban sin cesar los trenes de ida y vuelta de la Banlieue y de la Ceinture. Al otro lado de las sombrías techumbres de los muelles cubiertos, se elevaban sobre París, envuelto en sombras, rojas humaredas.

—No, no, déjame—murmuró Severina.

El le arrojaba su aliento en el cuello, y poco á poco, llegó á envolverla en una caricia más estrecha, excitado por el calor de aquel cuerpo joven, que tenía completamente abrazado. Ella lo embriagaba con su olor, acababa de enloquecer su deseo arqueando los riñones y procurando desasirse. De un tirón, apartóla Roubaud de la



ventana, cerrando las vidrieras con el codo. Sus bocas se habían encontrado, los labios de Roubaud se deshacían contra los de Severina. Trataba de arrastrarla hasta el lecho.

—No, no; no estamos en nuestra casa—repitió ella.—En este cuarto no, ¡te lo suplico!

Severina también estaba como embriagada, trastornada de comida y de vino, vibrante todavía por sus febriles caminatas á través de París. Aquella pieza demasiado caldeada, aquella mesa donde estaban los restos del almuerzillo improvisado, lo imprevisto del viaje, que se convertía en partida íntima de placer, todo le encendía la sangre, cubriéndola de un sensual estremecimiento. Y, sin embargo, se resistía, arqueada contra la madera del lecho, como asustada de algo que no podía sospechar.

—No, no quiero.

El, congestionado, contenía sus brutales manos. Se estremecía, y la hubiese deshecho.

—Tonta, ¿quién lo va á saber? Luego arreglaremos la cama.

Habitualmente, abandonábase ella con una docilidad complaciente, en su casa, en el Havre, después del almuerzo, cuando á él le tocaba el servicio de noche. Parecía no sentir ella placer, pero mostraba un feliz abandono, cierto afectuoso consentimiento en el placer de él. Y lo que en aquél momento enloquecía á Roubaud, era sentirla como nunca la había poseído, ardiente, convulsa de pasión sensual. El negro reflejo de su cabellera oscurecía sus tranquilos ojos azu-

les, sus gruesos labios parecían sangrar en el dulce óvalo de su rostro. Revelábase en aquel momento una mujer que Roubaud no conocía. ¿Por qué se negaba?

—Vamos, dime ¿por qué no? Tenemos tiempo.

Entonces, con una angustia inexplicable, en un debate interior, en que al parecer, no juzgaba ella las cosas claramente, cual si se hubiese olvidado de sí propia, lanzó un grito de dolor, que le hizo á él estarse quieto.

—No, no, déjame ¡te lo suplico!..... No sé, me ahoga sólo el pensarlo..... en este momento no me parece bien.

Los dos se habían caído sentados al borde de la cama. Roubaud se pasó la mano por la cara, como para quitarse el calor que lo abrasaba. Al verlo tan prudente, inclinóse Severina y le dió un sonoro beso en la mejilla, queriendo demostrarle que no por eso le amaba menos. Así permanecieron un instante silenciosos para reponerse. Roubaud había cogido la mano derecha de su mujer, y jugaba con una vieja sortija de oro, una serpiente de oro con rubíes, que llevaba en el mismo dedo que su anillo de bodas. Siempre se la había conocido en el mismo sitio.

—Es mi serpiente—dijo Severina con involuntaria voz de ensueño, creyendo que él miraba la sortija, y experimentando una imperiosa necesidad de hablar.—Me hizo este regalo en la Croix-de-Maufras, cuando cumplí los diez y seis años.

Roubaud levantó la cabeza sorprendido.



—¿Quién?..... ¿el presidente?

Cuando los ojos de su marido se había posado en los de ella, Severina sintió la brusca sacudida del que despierta soñando. Notó que sus mejillas se helaban. Quiso responder, pero no pudo, impedida por la especie de parálisis que la embargaba.

—Pues siempre me has dicho que fué tu madre quien te dejó esta sortija.

Aún podía recoger la frase dejada escapar en un olvido de todo. Habríale bastado echarse á reír, fingiendo hablar de broma. Pero se obstinó inconscientemente, porque no era dueña de sí.

—Jamás, hijo mío, te he dicho que mi madre me hubiese dejado esta sortija.

Roubaud la miró con extrañeza palideciendo.

—¡Cómo! ¿Que nunca me has dicho eso? ¡Me lo has dicho veinte veces!..... No hay nada malo en que el presidente te haya dado una sortija. Otras cosas te ha dado..... ¿A qué haberlo ocultado? ¿A qué haber mentido, hablándome de tu madre?

→ —Yo no he hablado de mi madre, querido mío, te equivocas.

—Esta obstinación era imbécil de todo punto.

Veíase perdida, comprendía que Roubaud leía claramente en su semblante, y habría querido rehacerse, retirando las palabras pronunciadas; pero ya era tarde, porque sus facciones se descomponían y la confesión se escapaba de todo su ser. El frío de sus mejillas invadía todo el

rostro, y un titileo nervioso agitaba sus labios. Y él, espantoso, rojo hasta el punto de parecer que la sangre iba á romper sus venas, habíala cogido por las muñecas y la miraba muy de cerca, como para seguir mejor en el espanto de los ojos de Severina, lo que no quería decir en voz alta.

—¡Voto á Dios!—murmuró Roubaud—¡voto á Dios!

Ella sintió miedo y bajó la cabeza para ocultar el rostro entre sus brazos, adivinando el puñetazo. Un hecho pequeño, miserable, insignificante, el olvido de una mentira tratándose de una sortijilla, acababa de evidenciar la verdad, con sólo algunas palabras cambiadas. Y un minuto había bastado. La tiró atravesada en la cama, y descargó sobre ella dos puñetazos, sin mirar donde daba. En tres años no la había tocado, y ahora la reventaba, ciego, embriagado de ira, en un exabrupto de bestia, de hombre, cuyas manazas se habían ocupado otras veces en empujar vagones.

—¡Oh, ira de Dios!.... ¡Tú has dormido con él!.... ¡dormido con él!.... ¡dormido con él!....

Y se enfurecía más y más, descargando un puñetazo cada vez que pronunciaba estas palabras. Dijérase que quería introducir sus robustos puños en las carnes de aquella mujer.

—El desecho de un viejo, ¡maldita zorra!.... ¡dormido con él!.... ¡dormido con él!....

La cólera ahogaba su voz, que silbaba, pero que no salía. Entonces solamente oyó que ella, á



pesar de los golpes que amenazaban reventarla, decía que no. No encontraba otra defensa; negaba para que no la matase. Y ese grito, esa obstinación en la mentira, acabó de enloquecerlo.

—Confiesa que has dormido con él....

—¡No, no!

Roubaud se había apoderado otra vez de ella y la sujetaba entre sus brazos, impidiendo que apoyase la cara contra la colcha, cual débil ser que se oculta. Obligábala á mirarle.

—Confiesa que has dormido con él....

Pero resbalando el cuerpo, escapó Severina y quiso correr hacia la puerta. De un salto la alcanzó Roubaud otra vez, levantó el puño, y furioso, de un solo golpe la tiró al suelo contra la mesa. Arrojóse él también y la cogió por los cabellos para clavarle la cabeza en el suelo. Un instante permanecieron así, cara á cara, sin moverse ni hablar. Y en medio de aquel espantoso silencio, se oían los cantos y las carcajadas de las señoritas de Dauvergue, cuyo piano felizmente ahogaba con sus endiablados sonidos el ruido de la lucha. Clara estaba cantando canciones de las niñas que juegan al corro, y Sofía acompañaba á puño cerrado.

—Confiesa que has dormido con él....

Ella no se atrevió á decir que no, permaneció callada.

—Confíesalo ¡voto á Dios! ó te mato.

Habríala matado, claramente lo leía ella en la mirada de su marido. Al caer vió Severina la navaja abierta sobre la mesa; ahora veía brillar

la hoja, y creyó que Roubaud alargaba el brazo para cogerla. Un abandono de sí propia y de todo se apoderó de ella, un irresistible deseo de terminar.

—¡Pues bien! sí, es verdad, déjame que me vaya.

Entonces, aquello fué abominable. Esta confesión que él exigía tan violentamente, acababa de herirlo, en plena faz, como una cosa imposible, monstruosa. Parecíale que jamás habría sospechado tamaña infamia. Cogió la cabeza de Severina y pegó con ella en una pata de la mesa. Ella se resistía, y, entonces, agarrándola de los cabellos, la arrastró por el cuarto, tirando las sillas. Cada vez que Severina hacía un esfuerzo para levantarse, arrojábala de un solo puñetazo, contra el suelo, jadeante, con los dientes apretados, encarnizándose de un modo salvaje é imbecil. Empujada la mesa, por poco tira el calorífero. Algunos pelos teñidos de sangre quedaron en un extremo del aparador. Y cuando recobraron alientos, ahitos de tanta carnicería, fatigado el uno de pegar, cansada la otra por tanto golpe, habían llegado junto á la cama; ella siempre en el suelo, revolcada; agazapado él sujetándola todavía por los hombros. Así reposaron y respiraron un poco. Abajo continuaba la música, y las carcajadas subían sonoras y distintas.

Bruscamente Roubaud levantó á Severina, apoyándola contra la madera del lecho. Después, de rodillas, apretado á ella, pudo hablar. Ya no la pegaba, la torturaba con sus preguntas,



hijas del insaciable deseo de saber que tenía.

—¿Con que dormiste con él? ¡grandísima pérdida!... Repite, repite que has dormido con ese viejo..... ¿Y á qué edad, eh? muy pequeña, muy pequeña, ¿no es eso?

Acababa Severina de romper á llorar; sus sollozos no la permitían responder.

—¡Por vida de Dios! ¿quieres decérmelo?... ¿Jugabas ya con él antes de los diez años, eh? Para eso te criaba, para sus cochinerías; ¡dilo, maldita, ó vuelvo á empezar!

Ella lloraba, sin poder articular palabra. Roubaud levantó la mano y la dió otro golpe. Como á las tres veces no obtuviese respuesta, la dió de bofetadas, repitiendo la pregunta.

—¿A qué edad? ¡Dilo, bribona! ¿Lo dices?

¿Para qué luchar? Yo no tenía fuerzas. El la hubiese sacado el corazón con sus gruesos dedos de antiguo obrero. Y el interrogatorio continuó. Severina lo decía todo, en tal anonadamiento de vergüenza y de miedo, que sus frases, pronunciadas muy bajo, se oían apenas. Y él, mordido por los atroces celos, se desesperaba con el sufrimiento que le producían las escenas que se representaba. Jamás sabía bastante, obligábala á insistir en los detalles; á precisar los hechos. Con el oído pegado á los labios de la miserable mujer, agonizaba ante aquella confesión, con el puño amenazador, siempre levantado, dispuesto á golpear más, si ella se detenía.

Todo lo pasado en Doinville desfiló de nue-

vo: la infancia, la juventud. ¿Había sucedido entre los matorrales del parque? ¿en la perdida revuelta de algún corredor del castillo? ¿Pensaba ya en ella el presidente, cuando la recogió, á la muerte de su jardinero, haciéndola educar con su hija? Eso había comenzado, de seguro, los días en que las otras niñas huían en medio de sus juegos, si él se presentaba; mientras que ella, sonriente, con el hocico levantado, esperaba á que la diese, al pasar, una palmadita en la mejilla. Y, más tarde, si ella osaba hablarle cara á cara, si obtenía todo de él, ¿no era porque se sentía ama, cuando la compraba con sus bajezas de mocero, él, tan digno y recto para los demás? ¡Ah! ¡qué cochinería la de ese viejo, haciéndose besuquear como un abuelo, mirándola desarrollarse, tentándola, deshonorándola un poco á cada instante, sin aguardar á que estuviese madura!

Roubaud estaba jadeante.

—¿Conque á qué edad? repítelo, ¿á qué edad?

—A los diez y seis años y medio.

—¡Mientes!

¡Mentir! ¿para qué? Severina se encogió de hombros con un abandono y un cansancio inmenso.

—¿Y la primera vez dónde sucedió eso?

—En la Croix-de-Maufras.

Roubaud titubeó un segundo, su labios se agitaban y un resplandor amarillento turbaba sus ojos.

—¿Y si yo quisiese saber lo que te ha hecho?



Ella no contestó; pero como Roubaud blandiese el puño, dijo, pasado un instante:

—No me creerías.

—Dilo de todos modos.... ¿No pudo hacer nada, eh?

Severina contestó con un movimiento de cabeza. Había acertado. Roubaud, entonces, quiso conocer la escena hasta el fin, descendiendo á las palabras crudas y á las preguntas inmundas. Ella no desplegaba los labios, continuaba diciendo que sí ó que no, por señas. Tal vez quedasen los dos tranquilos, cuando lo hubiese confesado todo. Pero Roubaud sufría más con estos detalles que le habían parecido atenuantes. Aproximaciones normales, completas, no le habrían atormentado con visiones tan mortificantes. Aquel extravío lo podría todo, dislacerándole las carnes con la acerada cuchilla de los celos. Ahora, todo había concluído; ya no viviría, evocando sin cesar la execrable imagen.

Un sollozo desgarró su garganta.

—¡Por vida de Dios!..... ¡ah! ¡eso no puede ser! ¡no, no!..... ¡es demasiado! ¡no puede ser!

Luego, de repente, la sacudió con violencia.

—Pero ¡grandísima zorra! ¿por qué te has casado conmigo?..... ¿No sabes que es innoble el haberme engañado de ese modo? Ladronas hay en la cárcel, que no tienen tanto sobre su conciencia..... Me despreciabas, no me querías sin duda, ¿eh?..... ¿Por qué te casaste conmigo?

Ella hizo un gesto vago. ¿Acaso se daba cuenta ahora? Casándose con él sería dichosa, por que

podría romper con el otro. ¡Tantas cosas hay que no se harían y que se hacen, por ser las más prudentes! No, ella no le quería; y lo que trataba de ocultar, era que sin semejante historia, jamás habría consentido en ser su mujer.

—¿Quería casarte, verdad? Buena bestia encontró, ¿eh? ¿Quería casarte para que eso continuara, no? Para tales fines te llevó dos veces.

Severina hizo un ademán afirmativo.

—Para eso te convidaba esta vez también..... Hasta el fin, entonces, se habrían repetido esas obscenidades..... como se repetirán si no te estrangulo.

Y avanzaba sus convulsas manos para cogerla por el cuello; pero esta vez se rebeló ella.

—Eres injusto, pues que soy yo quien se ha negado á ir allí. Tú querías que fuese, y tuve que enfadarme, acuérdate..... Ya ves que yo no quería más. Estaba concluído todo. Jamás hubiese querido ya.

Roubaud comprendió que su mujer decía la verdad; pero no halló en sus palabras el menor consuelo. El atroz dolor, el puñal que tenía clavado en el corazón, era lo irremediable, como lo era cuanto había sucedido entre ella y aquel hombre. Sufría horriblemente por su impotencia para poder remediarlo. Sin soltarla todavía habíase aproximado al rostro de Severina; parecía fascinado, atraído allí, como para encontrar en la sangre de aquellas diminutas venas azules, todo lo que su mujer le confesaba, y murmuró alucinado:



—En la Croix-de-Maufras, en el cuarto rojo..... Lo conozco, la ventana da sobre el camino de hierro, la cama está enfrente. Y allí, en esa habitación, ha sido..... Comprendo que hable de dejarte la casa. Bien la has ganado. Ya podía mirar por tus cuartos y dotarte, merecía la pena..... ¡Un juez, un hombre millonario, tan respetado, tan instruído, tan elevado! La verdad, se vuelve uno loco. Y dime, ¿si fuese tu padre?.....

Severina, haciendo un esfuerzo, se puso en pie, rechazándolo con un vigor extraordinario, para su debilidad de pobre ser vencido, y protestó con violencia.

—¡No, eso no! ¡Todo lo que quieras menos eso! ¡Pégame, márame; pero no digas eso, porque mientes!

Roubaud conservaba una mano de Severina entre las suyas.

—¿Lo sabes tú? Precisamente porque dudas, te sublevas así.

Y como ella tratase de retirar la mano, Roubaud sintió la sortija, la serpiente con cabeza de rubíes, olvidada en el dedo. Arrancóse la y la deshizo con el tacón sobre los ladrillos, en un nuevo acceso de ira. Luego anduvo de un lado para otro, mudo, como loco. Ella, sentada al borde de la cama, le miraba fijamente con sus grandes ojos. Y el terrible silencio duró largo rato.

El furor de Roubaud no se calmaba. Cuando parecía haberse disipado un poco volvía en seguida, como la embriaguez, por grandes olea-

das repetidas, que le conducían al vértigo. Ya no era dueño de sí; pegaba al aire, arrojándose á todos los vientos de violencia que le azotaban, cediendo á la única necesidad de satisfacer á la fiera que bramaba en el fondo de su ser. Era una necesidad física, inmediata, como una sed de venganza, que le retorció el cuerpo y que no le dejaría en tanto no la hubiese satisfecho.

Sin detenerse, se golpeó las sienes y tartamudeó con voz agonizante:

—¿Qué es lo que voy á hacer?

Ya no mataría á esa mujer, supuesto que no la había matado enseguida. La cobardía de dejarla viva exasperaba su cólera. Porque aquello era cobarde; si no la había matado, debía ser á que aún lo atraía semejante desdichada. Sin embargo, no podía conservarla á su lado. ¿Iba á echarla á la calle para no volver á verla jamás? Y una nueva ola de sufrimiento lo envolvía, un execrable asco de sí lo embargaba por completo al pensar que no haría eso siquiera. ¿Qué, en fin? No quedaba más que aceptar el vilipendio, llevar á aquella mujer al Havre otra vez y continuar viviendo tranquilamente con ella, como si nada hubiese sucedido. ¡No, no! ¡antes la muerte! ¡la muerte al instante para los dos! Tal le excitó la desazón, que gritó más alto, extrañado:

—¿Qué es lo que voy á hacer?

Desde la cama donde Severina estaba sentada, seguía lo sin cesar con sus rasgados ojos. En el tranquilo afecto de compañera que había



sentido por él, moviase á compasión, al verlo en el estado de atroz dolor en que se hallaba. Las palabrotas, los golpes, todo le habría disculpado ella, si este loco delirio no le hubiese causado tanta sorpresa, una sorpresa de que no acababa de salir. Severina, pasiva, dócil, que muy joven se había doblegado á los deseos de un viejo: que más tarde se había sometido á casarse, deseosa tan sólo de arreglar las cosas, no alcanzaba á comprender semejante estallido de celos, por faltas antiguas de que estaba arrepentida; y sin vicio, con la carne mal despierta aún, en su semiinconsciencia de muchacha dulce, casta á pesar de todo, miraba á su marido ir y venir y dar vueltas furioso, como habría mirado á un lobo, como habría mirado á un ser de cualquiera otra especie. ¿Qué pasaba por él? ¿Había tantos en su caso que no se enfadaban! Lo que la espantaba era ver al animal sospechado por ella, hacía tres años, en los sordos gruñidos, desencadenados hoy, rabioso, dispuesto á morder. ¿Qué decirle para impedir una desgracia?

A cada vuelta encontrábase Roubaud junto al lecho, delante de ella. Una vez se atrevió Severina á decirle:

—Escucha.....

Peró él, que no la oía, se dirigió al otro lado de la estancia, como una paja batida por la tempestad.

—¿Qué es lo que voy á hacer? ¿Qué es lo que voy á hacer?

Al fin le cogió ella del puño, deteniéndolo un minuto.

—Vamos, amigo mío, supuesto que soy yo la que no he querido ir allí.... Ni pensaba volver más ¡nunca, nunca! A ti es á quien yo quiero.

Y Severina se tornaba dulce, atrayéndole, levantando los labios para que la besara. Pero al caer sentado junto á ella, la rechazó con un movimiento de horror.

—¡Ah, bribona! ahora querías.... Hace poco no has querido, no tenías ganas de mí.... Y ahora querías, para volver á cogerme, ¿eh? Cuando se tiene á un hombre cogido por ahí, se le tiene fuertemente.... Pero me abrasaría estando contigo ¡sí! un veneno me abrasaría la sangre.

Roubaud temblaba. La idea de poseerla, la imagen de sus dos cuerpos echados en la cama, acababa de atravesarle como una espada de fuego. Y en la sombría noche de su carne, en el fondo de su deseo hollado que sangraba, surgió de pronto la necesidad de la muerte.

—Para que yo no reviente volviendo á estar contigo, mira, es preciso que antes reviente al otro.... ¡Es preciso que lo reviente, que lo reviente!

Su voz crecía al repetir las anteriores palabras, en pie, erguido, como si esas palabras, proporcionándole una resolución, lo hubiesen calmado. No dijo más; dirigióse despacio hacia la mesa, miró la navaja, cuya reluciente hoja estaba abierta, cerróla maquinalmente, y se la



guardó en un bolsillo, quedándose pensativo, sin cambiar de sitio, con la mirada perdida en el vacío. Algunas dudas arrugaban su frente. Para encontrar solución favorable, abrió de nuevo la ventana y su rostro recibió de plano el suave ambiente del crepúsculo. Detrás de él estaba su mujer, que se había levantado, llena otra vez de espanto; y no atreviéndose á interrogarle, tratando de adivinar lo que pasaba, en el fondo de aquel cráneo duro, esperaba de pie también, frente al inmenso cielo. Bajo la próxima noche, destacábanse negras las lejanas casas y el vasto campo de la estación se cubría de una bruma violada. Por la parte de Batignolles, sobre todo, la profunda zanja se hallaba como ahogada entre ceniza, donde comenzaban á borrarse las armaduras del puente de Europa. Hacia París, un postrer reflejo de la tarde hacía palidecer los vidrios de los grandes muelles cubiertos, mientras que debajo se amontonaban las tinieblas. Brillaron algunas luces: era que encendían los mecheros de gas de los andenes.

Una extensa y blanquecina claridad se destacaba allí; era la linterna de la máquina del tren de Dieppe, lleno de viajeros, con las portezuelas cerradas ya, y que sólo esperaba para arrancar la orden del subjefe de servicio. Habíanse producido dificultades, la señal roja del guardaaguja cerraba la vía, mientras que una máquina pequeña venía á recoger algunos coches que una maniobra mal ejecutada había dejado en el camino. Trenes y más trenes desfi-

laban sin cesar entre la creciente sombra, sobre la inexplicable red de los rails, en medio de largas filas de vagones inmóviles, estacionados en las vías de espera. Uno salió para Argenteuil, otro para San Germán; de Cheburgo llegó uno muy largo. Las señales, los silbidos y los toques de bocina se multiplicaban; por todas partes, uno á uno, aparecían fuegos rojos, verdes, amarillos, blancos; todo era una confusión en aquella hora de entre dos luces, en la cual todo parecía deber estrellarse; y todo pasaba, se rozaba y apartaba con el mismo movimiento suave de serpenteo, indeciso en el obscuro fondo del crepúsculo. Pero el farol rojo del guardaaguja desapareció y el tren de Dieppe silbó y se puso en marcha. Del seno de aquel cielo gris comenzaron á desprenderse algunas gotas de lluvia. La noche prometía ser húmeda.

Cuando Roubaud se volvió tenía el semblante lúgubre, como invadido por la sombra de la expirante tarde. Su plan estaba formado. Miró la hora en el cuco, y dijo en voz alta:

—Las cinco y veinte.

Sentíase él mismo asombrado: ¡una hora, apenas una hora para tantas cosas! Habría jurado sin duda que los dos estaban a lí devorándose hacia semanas.

—Las cinco y veinte, aún tenemos tiempo.

Severina no cesaba de seguirlo con su anhelante mirar, sin atreverse á interrogarle. Vió que sacaba del armario papel, un frasquito de tinta y una pluma.